



CARMEN MONTEJO y José Elías Moreno, protagonistas de *Felicidad*, de Carballido



*Drama de Emilio Carballido, estrenado en el Teatro Ródano. Reparto por orden de aparición: Lola Tinoco, Judy Ponte, Enrique Aguilar, José Elías Moreno, Carmen Montejo, Roberto Corell y Alberto Estrella. Dirección: Fernando Wagner. Escenografía: José Cava.*

**E**l Departamento de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes ha abierto en el Teatro Ródano una nueva Temporada de Autores Mexicanos, durante la cual, como su propio nombre indica, se pondrán exclusivamente obras de autores nacionales, que paso a paso, lenta pero seguramente, van conquistando al reacio público capitalino, quien hasta ahora ha desdeñado, o mejor sería decir que hasta ahora ha ignorado, lo cual es bastante peor, la casi totalidad de la producción casera. Si el lema gubernamental, patriótico y estimulante es *Consume lo que el país produce*, este lema y el ansia de superación nacional que encierra no tienen ninguna vigencia en el campo teatral, o al menos no la han tenido hasta hace muy poco tiempo.

Actualmente, las cosas han cambiado de manera suficientemente favorable como para abrigar fundadas esperanzas de que no está lejano el día en el que un ochenta por ciento de las carteleras de nuestros teatros ostenten obras nuestras. Entendiendo por obras nuestras no simplemente aquéllas que tengan por inspiración problemas absolutamente mexicanos (tipo *Los desarraigados*, de Robles Arenas) sino, por ampliación, todas aquéllas que escritas por autores nacionales toquen con maestría problemas de aquí y de allá, de dentro y de fuera de nuestras fronteras (tipo *La última noche con Laura*, de Schroeder Inclán), y esta primera obra de la actual Temporada de Autores, del INBA, *Felicidad*, que ha salido ahora hacia Europa en la conserva de una lata de películas, después de haber triunfado en el Festival Regional del Distrito Federal correspondiente a 1955 —un triunfo a medias, ya que el premio se lo repartió, sin que yo sepa todavía por qué, con una muy deficiente comedia titulada *Mi marido es un asesino*—, subiendo por primera vez, de una manera profesional, sobre el escenario del confortable y acogedor Teatro Ródano.

Con *Felicidad*, vuelve Emilio Carballido a la senda de sus éxitos: la de la comedia asainetada, que tiene en este joven autor un eco decidido y decisivo. Una senda enmarcada por dos obras suyas (*Rosalba y los llaveros* y *La danza que soñaba la tortuga*, que cambió su poético nombre por el *crucigrámico* de *Palabras cruzadas*), senda que, no obstante, es con frecuencia abandonada por este escritor, quizás por cómoda y fácil para él, para adentrarse por los peligrosos vericuetos de una modernidad mal entendida, para presentarnos al fin, como trofeo de sus experiencias escénicas, obras tan confusas y disparatadas, tan lejos de la que debería ser su línea autoral invariable e inflexible, como *La hebra de oro*.

Se dice que Emilio Carballido es un autor irregular, y no estoy conforme con esta definición que de él se hace. Estaría más de acuerdo con su clasificación si se dijera que es un autor *conscientemente* irregular. Porque en mi opinión —que puede valer tanto o tan poco como la de cualquiera—, las obras de Carballido no son buenas o malas porque así le salgan de su pluma, sino porque voluntariamente siga su indicada senda de sainetero afortunadísimo o porque, voluntariamente también, se deje arrastrar por las corrientes de *snobismo*, cuya finalidad es, en el noventa por ciento de los casos, esconder tras una máscara uniforme de un mal entendido *modernismo* la incapacidad artística y la absoluta negación creadora de sus seguidores. Si Carballido llegara a entender esto que yo le digo (y que no sé si alguien le habrá dicho con anterioridad); si comprendiera que es peligroso para su buen nombre de autor teatral, cargar con el lastre de ese *snobismo* insubstancial sus naves escénicas, Emilio Carballido sería uno de los más altos exponentes del actual y resurgido teatro nacional.

*Felicidad*, tal como se presenta en la presente Temporada de Autores Mexicanos, del INBA, es una obra perfecta. Digo que tal como se presenta, porque originalmente no era así. Nos la leyó una tarde el propio autor, a Carmen Toscano y a mí, en la casa de esta escritora y argumentista. La comedia que nos

# "FELICIDAD"

Sigfredo Gordón CARMONA

leyó Carballido tenía un final que, a pesar de ser humano y lógico, era sumamente antiteatral ya que después del *clímax* dramático de alta intensidad con que ahora termina la obra, ese segundo cuadro del tercer acto en el que terminaba la lectura se antojaba tan anodino y tan vulgar que podía poner en predicamento y en entredicho la totalidad de la magnífica pieza.

Emilio Carballido pone en la balanza de *Felicidad* todo el peso de sus mejores condiciones escénicas y el resultado es una obra en la que, dosificadas convenientemente y en sus proporciones justas, se mezclan la ternura y la violencia, la risa y el llanto, dando a lo que sucede sobre el escenario un hálito de vida y de verdad; concediendo estructura y cuerpo a una serie de tipos de nuestra clase media con sus pequeños problemas que se les agrandan al través de los lentes de aumento de sus lágrimas, o con sus grandes problemas que se empeñan en empequeñecer para poderlos soportar; con sus ilusiones, unas veces hechas realidad y otras humo; con sus alegrías y sus tristezas. Todo ello fluyendo en la comedia de una manera natural, serenamente y por sus pasos contados, realmente.

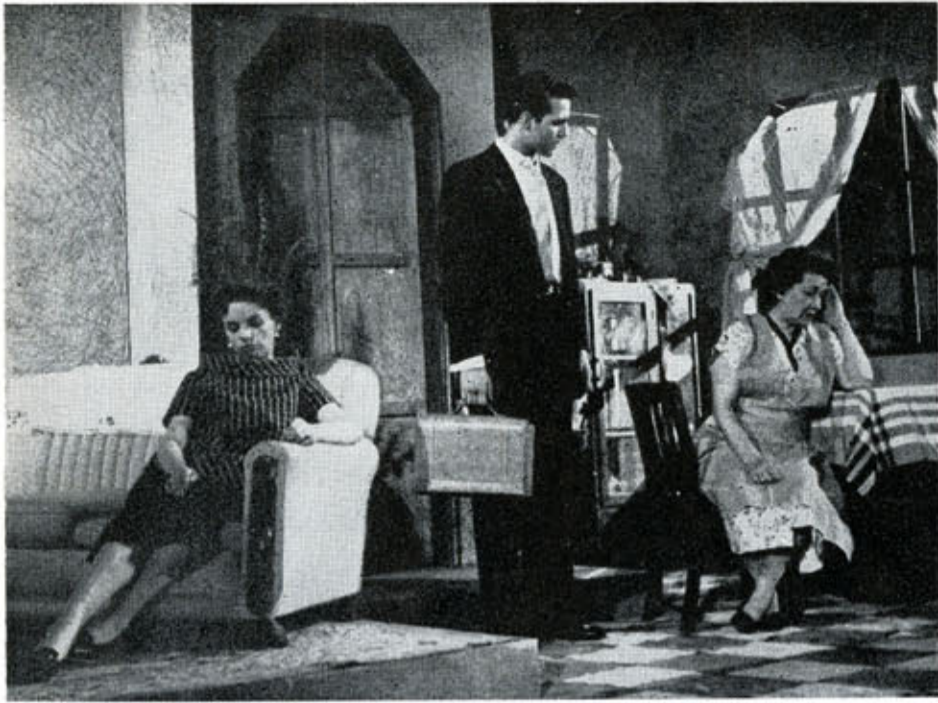
Tuvo la suerte Carballido y la tuvo también, naturalmente, el público de encontrar para *Felicidad* un grupo ideal de actores para encarnar los humanos muñecos de la obra. Unos de los artistas en plena madurez artística; otros de ellos afianzándose más y más en su difícil profesión. De los primeros, Carmen Montejo, toda sensibilidad y estremecida pasión, incorporando a la perfección su personaje, imprimiéndole los variados y contrapuestos matices que requiere; José Elías Moreno, sirviendo al suyo con su naturalidad, su oficio y sus excelentes condiciones artísticas, y Lola Tinoco dando a su papel una íntima ternura, una suave resignación, una vivencia humana en suma.

De los segundos, Enrique Aguilar, en plan de superación constante, fincado en el estudio y la disciplina, y Judy Ponte, cada vez más firme y segura, mostrando su gran temperamento escénico y haciendo honor a su designación de la mejor revelación femenina de 1956. La composición externa e interna de su personaje en *Felicidad* la acreditaría como uno de los más prometedores valores de nuestra escena si no estuviera ya plenamente acreditada. Judy Ponte, cuerpo y corazón limpios de niña, sabe adónde va y cómo llegar hasta la meta que se ha fijado. Y llegará, sin lugar a dudas, por dos principales razones: porque tiene con qué y porque sabe pisar el suelo bajo sus pies aunque la mirada decidida de sus ojos pícaros esté clavada muy arriba.

*Felicidad* tuvo en Fernando Wagner un director sensitivo y apasionado, cuidadoso de los menores detalles de la acción y del movimiento escénico. La escenografía de José Cava cumple adecuadamente las exigencias de la obra.

Hace tiempo, se habló de que en el nuevo Reglamento de Espectáculos habría una cláusula según la cual los teatros que se inaugurasen deberían hacerlo con una obra mexicana, al mismo tiempo que se obligaría a los teatros ya en funcionamiento a poner una obra nacional por cada dos o tres extranjeras. Fatal error que he combatido con la pluma muchas veces, que apartaría al público de las taquillas de obras mexicanas así representadas. No es con el sistema dictatorial de un decreto o de una ley como debe imponerse el teatro mexicano en las carteleras de nuestros teatros. El camino para ello es más difícil, pero más seguro. Es el camino señalado por Emilio Carballido ahora, y por otros escritores en otras ocasiones. Es obligar al público a ver nuestra producción escénica casera no porque se lo manden desde arriba sino porque encuentre sobre los tabladros obras que, como *Felicidad*, den la batalla ventajosamente a la producción extranjera. La imposición de las obras mexicanas en los gustos del público no debe ser labor de las autoridades sino de los propios autores nacionales. Los frutos serán así más tardíos pero más sabrosos, duraderos y honestos.





JUDY PONTE, Enrique Aguilar y Lola Tinoco intérpretes de Felicidad



ESTA OBRA fue considerada por los Críticos de México como la mejor de 1957



ES UNA HISTORIA cotidiana contada con habilidad y mucha sencillez

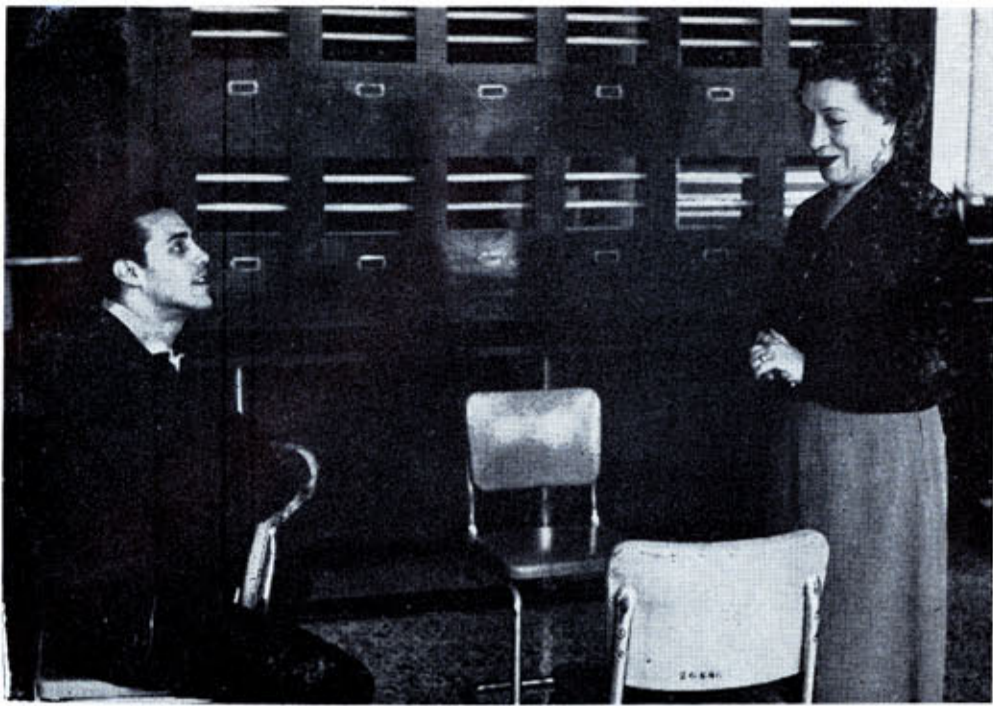


EMILIO CARBALLIDO, el autor, pertenece a la nueva generación autoral

FELICIDAD fue presentada especialmente para el Congreso de Teatro



UNA OBRA humana, conmovedora, finamente humorística y llena de ternura



LA DIRECCIÓN estuvo a cargo de Fernando Wagner, un brillante director mexicano



¿QUÉ ES LA felicidad, en qué consiste? parece ser la pregunta dramática central



LA DECISIÓN de los críticos teatrales fue justa



EN EL INTERIOR de la República la obra fue acogida con el mismo entusiasmo que